

Edición N° 54 - junio 2009

Metodología e ideología en la intervención profesional en Trabajo Social.

Por Damián José Picardi

En el presente artículo, se realizarán algunas consideraciones sobre las propuestas metodológicas en Trabajo Social y los supuestos ideológicos subyacentes a las mismas, considerando que estos supuestos implican una elección de tipo teórico y político que necesariamente condiciona y direcciona el accionar profesional.

Este abordaje requiere ubicar al Trabajo Social como una práctica que surge ante la demanda de resolución de ciertas problemáticas generadas al interior del sistema capitalista. La paulatina complejización de estas manifestaciones de la cuestión social ha requerido la consecuente profesionalización de esa práctica. En relación a este punto, Netto **-1-** afirma que dicha profesionalización se apoya en ciertas demandas sociales que requerían de solución. El abordaje y tratamiento de dichas demandas exigieron, al interior del Trabajo Social, la producción de determinadas respuestas teóricas, metodológicas y prácticas. Estas respuestas, sin embargo, han asumido características diferenciales, conforme se modificaba el contexto social, político e ideológico en distintos momentos históricos y de acuerdo a la influencia de determinadas matrices teóricas de las ciencias sociales.

José Paulo Netto afirma que mediante el dinamismo establecido entre aquellas demandas históricas que le son socialmente atribuidas a la profesión para su resolución, y la capacidad teórica y práctica para abordar y resolver aquellas requisiciones, es que el Trabajo Social se institucionaliza y logra, mediante un proceso de rupturas y continuidades, tomar distancia de las prácticas propias de las actividades filantrópicas.

Referirnos a las propuestas teórico-metodológicas con las cuales el Trabajo Social ha intentado dar solución a las demandas históricas que le han sido socialmente atribuidas, nos remite a la relación, particularmente conflictiva al interior del colectivo profesional, entre teoría y práctica. Al respecto, Yolanda Guerra afirma que: *«la elección de una teoría se encuentra permeada por experiencias personales, concepciones de mundo, proyectos societarios y, en el límite, se encuentra referida tanto a las necesidades de comprensión cuanto al nivel de exigencia y satisfacción de los profesionales por el alcance y grado de explicación y aproximación brindado por las teorías» -2-*.

En Trabajo Social, el profesional confronta la realidad en el enfrentamiento de las manifestaciones de la cuestión social, vivenciadas en la vida cotidiana de los sujetos. Para intervenir sobre dicha realidad, se torna indispensable la adopción de una teoría social que trascienda el modo fragmentado en que se manifiestan las refracciones de la cuestión social y permita aprehender el movimiento, las transformaciones y las complejas determinaciones que actúan en las mismas.

Podemos entonces afirmar, siguiendo el planteo de Cazzaniga que, en toda propuesta metodológica subyace una determinada concepción, teórica, epistemológica, conceptual, ética e ideológica y es, por esto, que toda acción social es teleológica, sea o no consciente de ello quien la lleva a cabo. Al respecto esta autora afirma que: *«referirse al método remite a preguntas teóricas y epistemológicas, a los supuestos que los sustentan. Esta consideración da cuenta de la no existencia de un concepto unívoco de método, sino que el mismo es entendido de distintas maneras, conforme al sistema conceptual que le confiere sentido» -3-*.

Es entonces la dimensión teórico-metodológica del Trabajo Social el ámbito en el que se configuran las características y la direccionalidad que ha de asumir la intervención profesional sobre la realidad, e que implica un entramado de supuestos teóricos, epistemológicos, políticos y éticos. El análisis de los supuestos ideológicos que subyacen en estas propuestas, ha de permitirnos visualizar las características que asume la intervención en Trabajo Social.

El concepto de ideología es aquí abordado a partir de la conceptualización de Antonio Gramsci. Este autor distingue entre dos tipos de ideología:

- a) ciertas ideologías de pequeños grupos, arbitrarias, de breve duración y que poco interfieren en la acción humana y,
- b) ideologías orgánicas, que poseen mayor relación con el momento histórico y, por lo tanto, pueden desencadenar procesos revolucionarios o conservadores por parte de distintos grupos o clases sociales.

Según Gramsci, las ideologías históricamente orgánicas son aquellas que se presentan *«como una concepción de mundo y se manifiestan implícitamente en el arte, el derecho, en la actividad económica, en todas las manifestaciones de la vida intelectual y colectiva» -4-*. Esta concepción implica una reformulación de la noción de ideología marxista. La noción de ideología en la obra de Marx K. es entendida como *«falsa conciencia»*, percibiendo a esta, como una categoría que se objetiva en la realidad histórica concreta. La ideología cumple aquí un rol decisivo en la organización de la vida social.

La ideología, desde el análisis aquí abordado, se manifiesta de diferentes maneras, en grados y niveles diversificados según criterios de complejidad y unidad. Asimismo, la concepción de mundo subyacente en una ideología determinada se manifiesta entonces en diversos ámbitos, tales como: en el folklore, en el sentido común, en la religión y en la filosofía.

La filosofía, según Gramsci, expresa la concepción de mundo de una clase social. En ésta, un grupo o clase, expresa el papel social que cumple, su lugar y función al interior de la sociedad. La filosofía se presenta como el hecho cultural más rico y coherente.

En el pensamiento gramsciano, la ideología, entendida como concepción de mundo, *«representa la vida intelectual y moral (vista desde una vida práctica determinada) de una clase social, vista históricamente, y, por consiguiente, vista no solamente en sus intereses actuales e inmediatos, sino también en sus aspiraciones a largo plazo; es ideología cada concepción propia de las fracciones de clase que se propone ayudar en la resolución de los problemas inmediatos y circunscriptos» -5-*.

Para Gramsci, no existe una única y general filosofía o concepción de mundo, sino que existen diversas, y siempre se produce una elección entre ellas. Esta elección, es un hecho político. La particular cosmogonía no es sólo un hecho intelectual, sino que también resulta de la actividad humana, se encuentra implícita en el operar de los hombres, a través de ciertas normas de conducta que le son propias. Esta ideología o concepción de mundo se encuentra en todas las manifestaciones de la vida individual y colectiva (en la economía, en la política, en el arte, etc.).

Es en el terreno del sentido común donde, según el pensamiento gramsciano, las clases subalternas incorporan-anticipan las ideologías dominantes. Esta ideología se impone como única, imposibilitando a estas clases asimilar y construir a partir de su propia experiencia práctica otra concepción de mundo. El sentido común es utilizado por las clases dominantes para cristalizar la pasividad popular y restringir su autonomía histórica que podría culminar en un ascenso de las clases subalternas a un nivel superior de asimilación de una nueva ideología.

Es la clase dominante quien consigue imponer su ideología con mayor facilidad, en primer lugar, debido a que detenta el poder sobre el Estado y por consiguiente sobre los principales instrumentos hegemónicos, como ser: la escuela, la religión, los medios de comunicación, etc.. En segundo lugar porque posee el dominio de las fuerzas productivas, es decir, estas clases no solo controlan la producción y distribución de los bienes económicos, sino que además, organizan

y distribuyen las ideas. Al respecto, Marx y Engels escriben *«las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época, esto es, la clase que es la fuerza dominante de la sociedad es, al mismo tiempo, su fuerza espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios de producción material dispone, al mismo tiempo, de los medios de producción espiritual...» -6-*

Gramsci afirma que, si bien una clase social puede ser dominante, puede de hecho no ser hegemónica. Esto significa que en el ámbito de la cultura, la ideología de la clase subalterna puede ser hegemónica aunque, de todos modos, la clase dominante detente el control sobre el conjunto de la sociedad, mediante la fuerza coercitiva. En la concepción de este autor, la ideología se presenta como una relación orgánica entre pensamiento y acción, entre conocimiento y acción. Esta conceptualización de la ideología, en la que una determinada concepción cosmológica (y antropológica) se expresa tanto en el accionar de la totalidad del conjunto social, como en las particulares acciones de cada uno de los integrantes de esa totalidad, nos permite pensar una relación de tensión existente entre distintas concepciones de mundo. Esta diversidad surge del lugar diferencial que ocupan los diferentes actores sociales, pertenecientes a distintas clases, la tensión entre estas concepciones se manifiesta en la búsqueda de mantener, detentar o lograr la hegemonía ideológica de un bloque histórico -7- determinado.

Gramsci define la hegemonía como «dirección intelectual y moral», dirección que se ejerce en el campo de las ideas y de la cultura, manifestando la capacidad de conquistar el consenso y de formar una base social. Asegura que no hay dirección política sin consenso, es decir, sin él la clase dominante ya no es más dirigente, sólo le queda como herramienta de dominio la fuerza coercitiva.

El autor escribe que la supremacía de una clase o grupo social puede manifestarse de dos modos:

a) como dominio y;

b) como dirección intelectual y moral. El grupo social que ejerza el poder debe, a la vez, ser dominante de los grupos adversarios a los que tiende a someter y dirigente de los grupos que le son afines o aliados.

La hegemonía, siguiendo esta línea de pensamiento, crea también subalternidad de otros grupos sociales. Esta subalternidad no se refiere apenas a la sumisión por la fuerza, sino también de las ideas. Una clase dominante mantiene el control del consenso a través de una red articulada de instituciones que Gramsci denomina «aparatos privados de hegemonía» (escuelas, iglesia, medios de comunicación). *«Estos aparatos tienen por finalidad inculcar en las clases explotadas, la subordinación pasiva, a través de un complejo de ideologías formadas históricamente» -8-*

En este caso, la subalternidad no es solo social y económica, sino también política y cultural. La hegemonía o consenso se produce, entonces, cuando un grupo o clase absorbe en un proyecto totalizador la voluntad de los grupos subalternos.

En esta puja de proyectos políticos, Gramsci da relevancia a la problemática de los intelectuales como actor fundamental en la lucha de clases por mantener el consenso o el control de la hegemonía.

Desde la óptica de este autor, la distinción entre intelectuales y no intelectuales no debe ser buscada en las características mismas de las actividades (manual o intelectual), sino en el conjunto del sistema de relaciones sociales en el cual estas actividades se encuentran insertas. Según el autor, toda actividad manual implica un mínimo de calificación y de actividad intelectual creadora, no existe entonces una actividad humana que carezca de actividad intelectual. Por ello afirma que *«todos los hombres son intelectuales, pero no todos desempeñan en la sociedad la función de intelectuales» -9-*. El intelectual, desde el pensamiento gramsciano, se define por el lugar y función que ocupa en el conjunto de las relaciones sociales y no por el carácter intelectual o manual de su trabajo.

- El concepto de intelectual, desde esta óptica, puede caracterizarse en base a dos criterios:
- a) por el lugar y función que ejerce en la estructura social y;
 - b) por el lugar y función que desempeñen en un determinado proceso histórico.

De estos criterios derivan las dos categorías de intelectuales que Gramsci propone: el intelectual orgánico y el intelectual tradicional.

Los intelectuales tradicionales son aquellos que sobrevivieron a la desaparición del modelo en el cual surgieron. Esta camada de intelectuales se concibe a sí misma como una categoría autónoma, en tanto que en la formación de un nuevo bloque histórico perdió la base social a la cual estaba vinculada orgánicamente. Este intelectual no es necesariamente conservador o reaccionario. El origen de su función de intelectual no está vinculado a la conformación del actual bloque histórico, por lo que no mantiene un vínculo *orgánico* en su surgimiento como intelectual con alguna de las clases que conforman la actual estructura histórica. Eventualmente, y sólo en caso de que en el pasaje de una formación histórica a otra este intelectual defienda los intereses de la clase subalterna, puede ser considerado revolucionario.

Según Simionatto «*el intelectual tradicional no está, por lo tanto, preso en el pasado; el se articula al presente porque es, al mismo tiempo, depositario de una tradición cultural*» -10.

Las clases dominantes tienen una inmensa capacidad para atraer intelectuales tradicionales, en tanto que poseen (generalmente) mayor fuerza económica, política y hasta cultural. Todos los grupos o clases que conforman el bloque histórico y que aspiran al poder tienen la necesidad de cooptar a estos intelectuales para fortalecer su hegemonía.

Los intelectuales orgánicos son aquellos que, colocados en la función social de intelectual por alguna de las clases fundamentales, se encuentran orgánicamente vinculados a éstas. Es así que, al interior del sistema capitalista, la relación de intelectual orgánico se establece tanto con la clase proletaria como con la burguesía. Estos intelectuales, si bien poseen un origen vinculado a una de las clases fundamentales, son relativamente libres de vincularse orgánicamente al proyecto político de una clase distinta e incluso opuesta a la que le dio origen.

Los intelectuales orgánicos de la burguesía:

- a) son los encargados de la organización de la función económica de la clase a la que se encuentran ligados,
- b) son portadores de la hegemonía que la clase dominante ejerce en la sociedad civil, a través de diferentes actividades culturales, partidos políticos, etc. y, por último,
- c) son los organizadores de la coerción que la clase dominante ejerce sobre las otras clases sociales a través de los aparatos administrativos, político, judicial, militar, etc.

Queda, por último, al interior de este análisis, ubicar al trabajador social como intelectual que, como hemos explicado con anterioridad, surge vinculado al proyecto político de la burguesía para el enfrentamiento de las manifestaciones de la cuestión social. Su ejercicio profesional, sin embargo, adquiere cierta particularidad, puesto que a la vez que responde a los intereses de la burguesía, participando en los procesos de dominación y explotación, al mismo tiempo que contribuye a la resolución de las necesidades de las clases subalternas.

Entonces el colectivo profesional de trabajo social, en tanto sujeto colectivo ante los procesos sociales, ejercita determinadas respuestas: *los proyectos profesionales*. Según Parra, «*estas respuestas que las profesiones generan estarán de acuerdo a diversos cuerpos teóricos y prácticos, que condensan en sí mismos proyectos societales, lo cual hace referencia a las dimensiones ideológicas, políticas y teleológicas frente a esos mismos procesos sociales*» -11-.

Estas elecciones ideológicas, políticas y teleológicas no se encuentran entonces determinadas por el proyecto político de la clase que dio origen a la profesión. Muy por el contrario, el trabajador social puede adherir, mediando una elección consciente, al proyecto político de las clases subalternas aún cuando no fueron éstas quienes lo colocaron en su función

social de intelectual. Esta elección política, que implica el carácter revolucionario que el profesional como sujeto colectivo y como intelectual orgánico asuma, va a determinar a su vez la elección de ciertas teorías y categorías que determinan una metodología de intervención, y que dará una particular direccionalidad a la acción profesional.

Toda propuesta metodológica de Trabajo Social implica una elección política. Toda acción social es teleológica, y la no elección consciente de una postura política e ideológica determinada implica, por omisión, la suscripción a una concepción de mundo, que no es ni *única*, ni es *natural*, ni es *objetiva*, sino que es la que cumple el lugar hegemónico en la puja de intereses de clase por mantener el consenso social. En la profesión, sin dejar de lado la posibilidad de que, de manera consciente, un Trabajador/a Social abogue por un proyecto profesional de características conservadoras, de no mediar este ejercicio de análisis y elección, se corre el riesgo de ejercer una intervención profesional conservadora, tanto por determinación ideológica, como por el vínculo de origen que la profesión tiene con la clase dominante, finalmente agravada por las características que asume el espacio socio ocupacional en el cual se inserta la profesión.

Entendiendo que el Trabajo Social surge como una forma institucionalizada de intervención en los problemas sociales que el mismo sistema genera, y que tiende a atenuar las manifestaciones de la cuestión social, puede pensarse su surgimiento como una estrategia de clase para mantener el orden hegemónico. En este sentido se vuelve indispensable analizar la postura ideológica subyacente en distintas propuestas teórico-metodológicas que históricamente han sido modelo de intervención en Trabajo Social. La función que el profesional como intelectual orgánico ejerce al interior de la lucha de proyectos políticos de las clases fundamentales, asumiendo tanto un carácter conservador como revolucionario, va a estar estrechamente relacionada a las posturas ideológicas y políticas subyacentes en las distintas propuestas metodológicas. Por otra parte, esta postura ideológica que asuma la profesión, va a converger en la elección de una determinada teoría social, una posición filosófica particular y un proceso metodológico de intervención

El análisis de las propuestas metodológicas en Trabajo Social, en principio, nos brinda herramientas para considerar nuevamente a la profesión como una totalidad histórica, que ha adoptado mecanismos de intervención diferenciales, conforme las particularidades sociales, políticas, económicas e ideológicas que en cada momento histórico prevalecía. Dichos mecanismos de intervención o metodologías significaron, indefectiblemente, una posición teórica, ética, ideológica y política, a la que al menos sectores del colectivo profesional consciente o inconscientemente han adherido. Por lo cual, la intervención del Trabajo Social, a lo largo de su historia como profesión, estuvo siempre direccionada hacia un proyecto político e ideológico determinado.

La profesión asumió características diferenciales en distintos momentos históricos en tanto se vinculó orgánicamente, en su función social de intelectual, a distintos proyectos políticos en distintos momentos históricos. Es entonces, en los supuestos políticos e ideológicos subyacentes al interior de estas propuestas metodológicas, en donde reside la función que el Trabajo Social ha desempeñado al interior de la lucha de proyectos políticos de las clases fundamentales. De todos modos, independientemente de la postura política e ideológica al interior de las sucesivas propuestas metodológicas de intervención en Trabajo Social, las características del mercado laboral de la profesión responden siempre a una estrategia de clase que la burguesía lleva a cabo, con motivo de mantener el dominio de la sociedad atenuar las desestabilizantes manifestaciones de la cuestión social y permitir, de este modo, la reproducción de los antagonismos inherentes al mismo sistema.

Es además, en dicho vínculo genético con el proyecto político de la burguesía, que el Trabajo Social es puesto en su función social de intelectual. Por lo tanto, si bien una propuesta metodológica puede asumir en un momento histórico particular un carácter revolucionario, adhiriendo conscientemente al proyecto político de las clases subalternas, de todos modos la

inserción profesional se lleva a cabo al interior de las acciones que el Estado realiza, como herramienta de las clases dominantes para afrontar las manifestaciones de la cuestión social, asumiendo una intervención aparentemente «despolitizada» y tendiente a ocultar las relaciones contradictorias inherentes al sistema capitalista. Por ello, es importante tener en consideración que la intervención del profesional de Trabajo Social se realiza indefectiblemente al interior de las contradicciones propias de este sistema. Esta particularidad refiere a que ineludiblemente, en la intervención profesional, se reproducen intereses contrapuestos: se participa de los procesos de explotación y dominación; a la vez que se responde a las necesidades de los sujetos de derechos con la acción profesional.

Refiriéndonos particularmente a la dimensión teórico-metodológica en Trabajo Social, es necesario resaltar que la elección de una determinada metodología de intervención implica, sin excepción, la adopción de un conjunto de supuestos, de carácter teórico, ético, político e ideológico, que en ella subyacen. Estos supuestos son los que han de dar direccionalidad a la intervención profesional, considerando siempre que no existe un concepto unívoco de método. Los objetivos históricamente asumidos por la profesión en cada propuesta metodológica, reafirman la existencia de dicha pluralidad, en tanto que la conceptualización que de estos objetivos se realice depende del marco teórico-referencial utilizado.

Por lo tanto, en la coherencia que adquieran el método, el marco teórico, la concepción política e ideológica y los objetivos al interior de la intervención profesional, reside el carácter conservador o revolucionario que la profesión asuma.

Pensar, entonces, al Trabajo Social como una totalidad histórica cuya ineludible función política e ideológica (conservadora o revolucionaria) reside, en última instancia en la adhesión consciente al proyecto político de una de las clases fundamentales, interpela a los profesionales de Trabajo Social, en primer lugar, a considerar conscientemente los supuestos políticos e ideológicos subyacentes en su accionar profesional, a partir del conocimiento crítico de las manifestaciones de la cuestión social. Y, en segundo lugar, a evitar la utilización acrítica de modelos de intervención producidos en otros contextos políticos e históricos; modelos política e ideológicamente direccionados en referencia a la particular configuración que en ese momento histórico asumía la lucha de proyectos políticos de las clases fundamentales y las manifestaciones de la cuestión social.

Actualmente, en un momento de crisis, en donde el nivel de agudización de las contradicciones que implicó el modelo neoliberal nos permite vislumbrar a mediano plazo un nuevo proceso de acomodación del modelo de acumulación capitalista, los profesionales de Trabajo Social nos vemos desafiados a redefinir nuestra función en tanto intelectuales al interior de la puja con proyectos políticos de las clases fundamentales, considerando la actual correlación de fuerzas o proyectos políticos al interior del sistema social argentino: movimientos piqueteros, movimientos sociales, fabricas tomadas, asambleas populares, reivindicaciones gremiales y de diferentes agrupaciones, organismos de derechos humanos, etc.

El momento histórico actual se presenta, entonces, propicio para asumir como propio de la profesión los intereses de las clases subalternas, analizando y aprendiendo de los errores y aciertos del pasado. Hemos de poder superar el carácter conservador asumido históricamente por la profesión, mediante la conciencia de las contradicciones inherentes al sistema, aprehendiendo del movimiento y determinantes que conforman la realidad social y direccionando nuestra intervención –producto de la coherencia entre marco teórico, metodología, supuestos éticos, políticos e ideológicos- hacia la emancipación del hombre -por sobre la necesidad-, y la conformación de una sociedad más justa.

Bibliografía.

- Cazzaniga, Susana. «Lo metodológico en Trabajo Social». Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de Entre Ríos. Documento mimeográfico, 2001. pág. 5
- Gramsci, Antonio *apud* Simionatto, Ivete. *Gramsci: Sua teoria, incidência no Brasil, influência no Serviço Social*. São Paulo, Editorial de la UFSC – Cortez, 1995. pág. 74
- Guerra, Yolanda. «Elementos para la comprensión de la instrumentalidad en Trabajo Social». Boletín Electrónico Surá # 30, Universidad de Costa Rica, enero 1999. pág. 7
- Marx, K.y Engels, *apud*. Simionatto, Ivete. *Gramsci: Sua teoria, incidência no Brasil, influência no Serviço Social*. São Paulo, Editorial de la UFSC – Cortez, 1995. págs. 79 y 80
- Netto, José Paulo. *Capitalismo Monopolista y Servicio Social*. Sao Paulo, Editorial Cortez, 1997.
- Parra, Gustavo. «Los proyectos socio profesionales en el Trabajo Social Argentino. Un recorrido histórico». en AAVV. *Nuevos escenarios y práctica profesional. Una mirada crítica desde el Trabajo Social*. Buenos Aires, Editorial Espacio, 2002. pág. 39
- Simionatto, Ivete. *Gramsci: Sua teoria, incidência no Brasil, influência no Serviço Social*. Sao Paulo. Editorial de la UFSC - Cortez. 1995. pag. 43

NOTAS

- 1- Netto, 1997, SD.
- 2- Guerra, 1999:7.
- 3- Cazzaniga, 2001:5.
- 4- Gramsci, 1995:74.
- 5- Gramsci *apud* op.cit. págs. 75 y 76
- 6- Simionatto, 1995:79 y 80
- 7- Gramsci utiliza el concepto de *bloque histórico*, en un sentido coyuntural, es la articulación particular e histórica de estructura y superestructura. En los Cuadernos de la Cárcel, incluye en este concepto a los intelectuales, a los partidos políticos, y al Estado, como el nexo filosófico histórico entre estructura y superestructura.
- 8- Simionatto, op.cit.
- 9- Gramsci *apud* op. cit. pág. 57
- 10- op.cit. pág. 54
- 11- Parra, 2002: 39.